

Mario Pedrosa y el socialismo democrático

Isabel Loureiro

En agosto de 1970, la **New York Review of Books** publica una carta abierta al presidente de la República del Brasil, general Garrastazu Médici, firmada por más de un centenar de intelectuales y artistas internacionales (encabezada por Alexander Calder, Henry Moore y Pablo Picasso), protestando contra el proceso instaurado contra Mario Pedrosa (acusado de estar difamando al Brasil en el exterior con denuncias de torturas), “una de las expresiones más completas de la inteligencia de un país que siempre representó brillantemente y supo defender con inteligencia y coraje”, y responsabilizando al gobierno “por la integridad física y moral de ese eminente brasileño, cuya personalidad conquistó por todos lados la admiración y el respeto de sus pares”.¹

El 29 de diciembre de 1971 la revista **Veja**, por su parte, publica una nota sobre el integralismo² (y el propio Mario Pedrosa exiliado en Chile hacía más de un año cuenta el hecho en una carta del 17 de enero de 1972 a los sobrinos también exiliados en Londres) “en que informa que en 1937 ‘era un joven integralista’ que después cambió de camisa, se hizo trotskista y que aún así Picasso ‘dibujaba’ su nombre en la carta para defenderlo”. Mario envía una respuesta a **Veja** en que narra rápidamente su trayectoria política, inclusive el famoso episodio de la batalla con los integralistas de la Praça Da Sé, el 7 de octubre de 1934, en la que queda herido, y concluye: “Picasso, pues, no se manifestó en la carta abierta al presidente Garrastazu a favor de un ‘cambiacamisas’. Hoy, septuagenario, como otrora en el verdor de los años, la cara no cambió”.³

“La cara no cambió”: nuestro homenajeado, que no era dado a las grandilocuencias, resume de esa forma irreverente su larga trayectoria política. Veamos lo que significa esta frase juguetona. En una entrevista en el **Pasquim** publicada el 18 de noviembre de 1981, por lo tanto poco después de su muerte, dice Mario Pedrosa:

“Ser revolucionario es la profesión natural de un intelectual. [...] Siempre hallé que la revolución es la actividad más profunda de todas. [...] Siempre soñé una revolución para el Brasil. [...] La situación es dramática y yo, un intelectual, no puedo hacer nada. Sufro dramáticamente por eso. [...] La salida es hacer la revolución”.

1 En C.E. Senna Figueiredo, **Mario Pedrosa, retratos do exílio**, Rio de Janeiro, Antares, 1982, p. 56.

2 El integralismo fue un movimiento político-intelectual brasileño de la década de 1930, de corte nacional-corporativista, que atrajo numerosos intelectuales (N del T).

3 *Id.*, *ibid.*, p. 70, 73. Y la revista **Veja** tampoco cambió...

Mi objetivo esta comunicación es mostrar en qué consiste el proyecto político de Mario Pedrosa en los años ‘60, esto es, lo que él entiende por revolución, centrando mi exposición en el libro **A opção imperialista**.⁴ Mario retoma y profundiza ideas divulgadas en el periódico **Vanguarda socialista**, editado por él en Río de Janeiro de 1945 a 1948. Esta publicación, que reunía intelectuales en su mayor parte anteriormente filiados en el trotskismo, como el propio Mario, se distingue de otros periódicos de izquierda de la época por su excelente nivel teórico, por la amplitud de los asuntos tratados, que van de la economía a la cultura, por su apertura de espíritu. En una palabra, **Vanguarda Socialista** divulgaba un marxismo aireado, sin parangón en Brasil, donde la gran mayoría de la izquierda asumía acriticamente el dogmatismo del Partido Comunista. El mentor intelectual de esta propuesta innovadora era sin duda Mario Pedrosa. Las estadias en Europa, los cursos en la Universidad de Berlín, el contacto con los surrealistas, la militancia en la Oposición de Izquierda, los ocho años de exilio en los Estados Unidos, la ruptura con los trotskistas y la ligazón con las ideas de Rosa Luxemburgo, la crítica literaria primero, la crítica de las artes plásticas enseguida, todo eso hacía de Mario un marxista no dogmático, abierto a las necesarias relecturas que los tiempo exigían del materialismo histórico.

En el caso específico de **Vanguarda Socialista**, el blanco principal era el stalinismo, la vertiendo dominante y caricaturesca del marxismo. Su hegemonía al interior de la clase obrera impedía que la palabra de orden de la Asociación Internacional de los Trabajadores — “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” — se realizase en la práctica. Mario publica entonces una serie de artículos en el periódico ajustando cuentas con la Revolución Rusa y el bolchevismo, donde hacía un contrapunto entre la concepción autoritaria del partido de vanguardia leninista y la concepción luxemburguista del partido de masas, y una defensa del socialismo democrático como creación autónoma de las masas, centrado en la autogestión de la sociedad en todos los niveles, comenzando por el de la producción.

Mario insiste, siguiendo las enseñanzas de Rosa Luxemburg, que no se trata de tomar como modelo la Revolución Rusa, pues “los caminos que llevan a la emancipación del trabajador, a la transformación del régimen capitalista en régimen socialista, no pueden ser trazados de antemano por quienquiera que sea: es la

4 Mario Pedrosa, **A opção imperialista**, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966.

propia vida la que los traza: las propias condiciones objetivas del desarrollo las que los abren”⁵

La idea de que cada país tiene su propio camino revolucionario, de que la revolución no se aprende a hacer en los libros pues ella “es el dictado de las cosas de la tierra, de la calificación de los hombres que la hacen, de las clases en movimiento, de la realidad histórica de donde provenga o donde actúa”.⁶ Además, al entrar al Partido de los Trabajadores (PT), en vez de lamentar la inexistencia de un programa socialista previo, Mario veía en el “empirismo saludable” del partido “su fuerza para la acción”.⁷

Veamos ahora en qué consiste su proyecto revolucionario en **A opção imperialista**. En este libro prolijo (543 páginas publicadas lamentablemente sin una buena revisión), Mario analiza las transformaciones del capitalismo en el siglo XX, sobre todo en la posguerra, con el objetivo de reflexionar sobre la “estrategia de la revolución socialista en nuestra época”, para él el problema del mundo contemporáneo (p. 316).⁸ El blanco más próximo de su polémica no es, como en **Vanguardia Socialista**, la izquierda “balearista” que, sumergida en la “impotencia teórica”, incapaz de prever la recuperación del capitalismo, el “nuevo surgimiento del desarrollo de las fuerzas productivas por una notable transformación de sus estructuras [...] [la] más formidable revolución tecnológica e incluso científica de la que tenemos memoria” (p. 283), se limita a repetir los mismos viejos y desgastados *slogans* revolucionarios abstractos. Es básicamente el mismo programa de **Vanguardia Socialista**, pero más concreto, menos doctrinario, y poniendo el énfasis en la crítica al capitalismo, mientras en **Vanguardia Socialista** el blanco principal, como ya dije, era el stalinismo.

Mario comienza con un relato de las relaciones políticas de los Estados Unidos con los países de América Latina (privilegiando el Brasil), yendo en seguida a los orígenes del imperialismo norteamericano (que sustituye al inglés), pasando por la guerra fría, en paralelo con un análisis de la política europea y rusa en el siglo XX, todo eso complementado por un estudio de lo que considera la institución capitalista clave del mundo contemporáneo, la corporación (dominada por una oligarquía cerrada). Para eso utiliza a literatura sociológica norteamericana, diarios de la época, documentos oficiales norteamericanos (de la ONU, por ejemplo) y, claro, la literatura de izquierda, Marx, Lenin, Trotsky, Hilferding, Gorz, la revista **Socialisme ou Barbárie**, etc.

Sucintamente, el libro tiene dos objetivos: 1) mostrar que el “neocapitalismo” (Gorz) o “tardocapitalismo” norteamericano, fundado en las corporaciones, nada tiene de progresista y que la clase trabajadora en general nada puede esperar de reformas en el interior del sistema; no se trata de “enmendar el sistema neocapitalista, sino ir asumiendo el control de las reformas y de

las palancas de comando del Estado y del modo de producción, hasta modificarlo” (p. 324); mostrar que las “clases oprimidas” de los países periféricos sólo tienen una salida para emanciparse: la lucha por el socialismo.

Como para Mario Pedrosa la historia fue y continúa siendo la historia de la lucha de clases, la primera pregunta a hacer, en la tentativa de sistematizar su análisis del mundo contemporáneo, es: ¿qué transformaciones ocurrieron del lado de las clases dominantes?

En la esfera de la producción, el propietario privado fue sustituido por el burócrata, incluso en la Unión Soviética (esta era también la conclusión a la que llegaban los artículos de **Vanguardia Socialista**), por la “oligarquía de los dirigentes de las grandes corporaciones” (p. 329), quienes pasan a controlar el proceso productivo: “Se separan propiedad y dirección (o control). Los accionistas son los propietarios de la explotación, pero no pueden dirigirla ellos mismos. De modo que el propietario no es más el empresario” (p. 334). Hay, por lo tanto, una separación entre propiedad y dirección. Lo que no implica mayor democratización de las decisiones en el interior de la empresa y mucho menos la humanización del capitalismo.

Segunda cuestión: ¿qué transformaciones se dieron del lado de las clases dominadas? Recurriendo a André Gorz,⁹ Mario muestra que “el desarrollo tecnológico y productivo amplió extraordinariamente [...] [la] noción de clase trabajadora. Esta pasa a estar compuesta por una vasta gama de asalariados, empleados tanto en la producción como en la distribución de mercancías, que engloba desde los antiguos trabajadores manuales hasta los operarios calificados, técnicos, ingenieros, investigadores, científicos, trabajadores intelectuales. Pero, aunque la ‘clase obrera clásica’ haya dejado de ser ‘el gran grupo permanente de oposición social’, sigue siendo fundamental para cualquier política emancipatoria” (p. 497). No por nada Mario Pedrosa participó de modo tan entusiasta en la fundación del PT en 1980.

El trabajador como productor y como consumidor son así dos caras de la misma moneda:

“La alienación que otrora recaía sobre los obreros, como productores mutilados por su concentración en las tareas parceladas de la fábrica, ahora se completa cuando aparece como consumidor, al cual la publicidad le arrebató la posibilidad de escoger e incluso de reconocer sus propias necesidades personales. [...] La revolución socialista opone al consumismo alienante del neocapitalismo otra concepción de las necesidades. Es una gigantesca tarea social, económica, cultural, ética, desalienante” (p. 318).

Mario toca aquí rápidamente el tema de las falsas necesidades (tan caro a Herbert Marcuse, por ejemplo), que es una de las características del capitalismo contemporáneo y uno de los mayores obstáculos para la emancipación humana.

5 Mario Pedrosa, “Os caminos do socialismo”, en **Vanguardia Socialista**, Río de Janeiro, 5/7/1946.

6 Folhetim, **Folha de São Paulo**, 21/11/1982.

7 Mario Pedrosa, **Sobre o PT**, São Paulo, Ched Editorial, 1980 p. 48.

8 Todas las menciones a números de páginas entre paréntesis corresponden a citas o referencias de la obra de Mario Pedrosa **A opção imperialista**, op. cit.

9 André Gorz, **Stratégie ouvrière et neocapitalisme**, Paris, Seuil, 1964.

La “nueva revolución tecnológica” ya en aquella época comenzaba a introducir un problema que hoy aflige al mundo entero: el desempleo estructural, visto como consecuencia de la automatización. Para ilustrar la contradicción principal en que se asienta el capitalismo contemporáneo Mario cuenta una anécdota que circulaba en los medios sindicales norteamericanos de la CIO: en 1954, Walter Reuther (dirigente sindical norteamericano), al visitar una nueva fábrica de Ford en Cleveland, donde se fabricaban modelos de automóviles más automatizados, habría tenido el siguiente diálogo con uno de los directores de la compañía, quien, al llegar a un enorme salón, “donde no había obreros, señaló orgullosamente a las máquinas y dijo: ‘¿Qué haría el señor para recaudar las contribuciones de estas personas?’. Reuther, sin perturbarse, respondió: ‘¿Qué hará el señor para que esas personas compren automóviles?’ (p. 492). La broma revela una contradicción que, según Mario, no será resuelta en el ámbito del sistema capitalista:

“La ‘sociedad de la abundancia’ [*affluent society*] instituye como su corolario el desempleo estructural hasta aquí irreductible, a pesar de las medidas en contrario de los sucesivos gobiernos, a razón del 5% de la fuerza de trabajo industrial” (p. 522).

Mario reconoce al mismo tiempo que la automatización tiene consecuencias beneficiosas: disminución de la fatiga física, menos riesgos de accidentes de trabajo, reducción de la jornada de trabajo, etc. O sea, está dada teóricamente la posibilidad de que el valor de cambio deje de ser la medida del valor de uso (como dice Marx en un pasaje de los *Grundrisse* citado por él):

“Tiempo libre debe significar que el trabajo no es más mercancía, no se mide más por el tiempo en que se ejerce, [...] sino por la libertad de sus manifestaciones. El tiempo fue liberado, el capitalismo dejó de existir. Otras relaciones sociales surgen —es el socialismo, es el comunismo” (p. 521-22).

Pero al mismo tiempo la automatización acarrió un aumento de la intensidad del ritmo de trabajo y con eso trajo nuevos sufrimientos de orden nervioso, psíquico, moral, “que despojan al trabajador de los restos de integridad humana que todavía guardaba”. (p. 495). En esa medida, la revolución tecnológica no implica un “beneficio social general” (p. 513) y sí a los fines privados de la empresa capitalista, cuya condición de supervivencia es vencer al competidor en el mercado. O sea, si por un lado es posible pensar en una vida “más allá del trabajo”,¹⁰ una vez que el desarrollo tecnológico permite teóricamente el despegue de “la cultura, del arte, de la vida espiritual”, por otro, y esta es la realidad, condiciona a los seres humanos al consumo en masa (p. 501). Mario Pedrosa describe de una forma muy inspirada la sociedad de consumo norteamericana, en la que una gran parte de la población está desempleada, otra gran parte vive en la pobreza y la restante consume, siendo reducida a “los-comprato-todos-años, inclusive obras de arte perecibles todo los meses”. Son

los *wastemakers*, fabricantes de desperdicios, al decir de Vance Packard (p. 521).

Pintando con colores bien sombríos el mundo contemporáneo, Mario compara la masificación de los individuos operada por el fascismo con la situación de los países democráticos occidentales:

“la eficiencia productiva aumentó, la racionalidad económica creció, la cultura llegó a las masas, pero todo en detrimento del hombre [...] como en sus fines y aspiraciones contradictorios, sustituidos estos por jornadas de trabajo más cortas pero infinitamente intensas y un día a día cada vez más lleno de pasatiempos, distracciones y diversiones organizadas, [...] propaganda de las ventajas de la mejor democracia, de la mejor cerveza, del mejor pedicuro, del mejor negocio, de la mejor iglesia, [...] del mejor político, [...], etc., etc. Lo mejor y también lo peor es objeto de admiración. Todas las manifestaciones culturales de nuestro tiempo participan de ese optimismo [...] —es el opio del pueblo. Todo eso viene del arsenal totalitario de las reformas contrarrevolucionarias. Las categorías sociales desaparecen, el hombre es atomizado: es el ideal de la democracia, de la buena, esto es, representativa. Ese ideal fue creado por el fascismo. Es lo que impera en los Estados Unidos” (p. 288-89).

El marxismo desprovincializado de Mario incorpora, como vemos, la discusión sobre la sociedad de consumo, las falsas necesidades, el papel alienante de la industria cultural, el desempleo generado por las innovaciones tecnológicas, la necesidad de una nueva teoría de las clases sociales, la sociabilidad centrada en el tiempo libre y no más en el trabajo abstracto, los límites de la democracia representativa. El entusiasmo pedagógico de Mario lo lleva a trazar hasta nosotros el debate de la izquierda internacional que, como siempre, él acompaña de cerca.

Pero ahora vamos a exponer rápidamente en qué consiste la propuesta socialista de Mario Pedrosa. Acabamos de ver el diagnóstico de la sociedad de masas: heredera del fascismo, elimina al individuo transformándolo en un átomo cerrado en sí mismo, que se comunica con otros en el momento de las elecciones (crítica de la democracia representativa y, consecuentemente, de la necesidad de radicalización de la democracia) y en el momento en el que entra en el mercado para vender su fuerza de trabajo (cuando hay quién compre, lo que parecía ya en aquella época cada vez más difícil) o para consumir (inclusive cultura). Esto no es democracia. Para él sólo es posible la democracia en el socialismo. Y, recíprocamente, solo es posible el socialismo con democracia. Justamente por eso el socialismo no resulta apenas de una revolución política, de la toma del “palacio de invierno”, sino de la creación de masas actuando con autonomía, organizando las más variadas asociaciones de base y que se van politizando en la lucha cotidiana para transformar el universo capitalista de los intereses privados en un mundo dirigido a la satisfacción de las necesidades sociales y culturales de la comunidad.

En una crítica al socialismo burocrático, Mario defiende la idea de que una sociedad socialista es aquella en que los individuos

10 Citando a Georges Friedman, *Arguments* n° 52, París.



se autodeterminan a partir de la esfera de la producción: es por lo tanto en primer lugar en torno de la empresa y en la empresa que gira la lucha por el socialismo. La verdadera transformación económica socialista ocurrirá en el momento en que la empresa constituya “una comunidad cooperativa y no una organización antagonista” (p. 393); en otras palabras, en el momento en que deja de existir la separación entre dirigentes y ejecutantes, o sea, cuando sea implantada la autogestión o gestión colectiva de la producción:

“Los trabajadores no quieren más ser una pieza mecánica en el engranaje productivo. Quieren saber lo que están haciendo, tener participación en el proceso total, tomar conocimiento de hacia dónde va, dejar de estar alienados del proceso de social de trabajo del que son piezas [...] La ‘democracia directa’ que proclamara el viejo Rousseau como medio de expresar la voluntad del pueblo o de la mayoría es ahí que se manifiesta o se puede realizar. El concepto de representación de la voluntad del pueblo, de la mayoría, debe ser archivado al museo de las antigüedades” (p. 438).

Las ideas de Mario respecto de la autogestión son bastante rápidas, pero indicativas de una dirección de lo que propiamente es una reflexión original, en la que retorna a la tradición consejista, por cierto mencionada por él (revolución alemana, consejos de fábrica en Turín, Frente Popular en Francia, Barcelona de la guerra civil y, bien entendido, los soviets rusos) (p. 354-55). Lo que garantizaría la victoria de la revolución, tanto en la metrópoli como en la periferia, es que ella sería hecha y controlada por el poder popular. Son necesarios “nuevos centros democráticos de poder” (empresas, escuelas, municipios, regiones, etc.), o sea, descentralización del poder de decisión, restricción a los poderes del Estado y del capital, “una extensión del poder popular, es decir, una victoria de la democracia sobre la dictadura del lucro” (p. 324). Así como en **Vanguardia Socialista**, Mario continúa pensando que el control de los trabajadores sobre toda la vida social es el camino para el socialismo democrático, y este comienza ya, “antes de la toma del poder”.¹¹ Él habría sido, con toda certeza, un ardoroso defensor del presupuesto participativo de Porto Alegre, una combinación de democracia directa con democracia representativa, que permite la participación popular en la gestión pública y también en el control del Estado.¹²

Y, para concluir, veamos como Mario entiende la revolución en la periferia. La primera tarea, como vimos, fue revelar las contradicciones del capitalismo avanzado: este “no trajo [...] la liberación del hombre, sino su esclavización a un orden neutro, científicamente organizado para servir a una elite cada vez más apartada del pueblo” (p. 495). Así, no tiene sentido que los países periféricos imiten el camino de la metrópoli: “estos lo que tienen que hacer es crear [...] un sistema propio, un sistema nuevo que no caiga después de una *impasse* o en el círculo vicioso y

viciado del neocapitalismo”. Basta sustituir neocapitalismo por neoliberalismo y Mario Pedrosa es de una actualidad candente. Con ironía premonitrice él dirige sus baterías contra la creencia de los ideólogos norteamericanos (y brasileños, como Roberto Campos, en aquella época) según los cuales:

“La propiedad privada o el mercado constituyen la esencia inmutable de la propia naturaleza humana... o por lo menos de la naturaleza americana. Los otros pueblos necesitan sin duda pasar por cambios internos, para los cuales los americanos proporcionarán generosamente los medios técnicos apropiados. Con estos cambios podrán gozar, hasta el último, de los privilegios y la felicidad que usufructúan los ciudadanos americanos” (p. 299-300).

Contra la obsesión de nuestras elites de equiparar al Brasil con los países centrales, decía Mario en un texto escrito diez años después: “Discurso aos tupiniquins ou nambás”: “La civilización burguesa imperialista está en un callejón sin salida. Desde este callejón no tenemos que participar los indios [bugres] de las bajas latitudes y adyacencias”.¹³

En esa medida, la revolución en los países subdesarrollados, como apunta Mario, tiene una doble función: nacional, antiimperialista y, al mismo tiempo, internamente, orientada a la “emancipación social de las clases oprimidas o de bajos y medios recursos” (p. 320). En otras palabras, el desarrollo en estos países no se limita a un proceso de crecimiento económico generado por inversiones externas, importación de tecnologías e industrialización (pp. 291-320) “a costa de la miseria de las masas populares” (p. 320). Brasil no será una “nación moderna” sino cuando su pueblo tenga comida, casa, ropa, educación. Se trata, en el Tercer Mundo, de hacer reformas estructurales, de operar “cambios continuos en las estructuras sociales”, alterando la constitución de las clases sociales, invirtiendo en el sector público, a fin de “dar a las poblaciones que viven en el interior de sus territorios un sentimiento nuevo, o una participación colectiva en un todo nacional cultural finalmente acabado o completo, capaz de hablar, de entenderse, comunicarse con el mundo en un acento que les es propio” (p. 319).

Volviendo al “Discurso...”, que es de una actualidad extraordinaria:

“Los pobres de América Latina viven y conviven con los escombros y los hedores desagradables del pasado. Los ultramodernismos y algunos de sus progresos, de molde generalmente americano, están umbilicalmente vinculados a nuestras favelas y barriadas. La paradoja es que éstas no son las que cambian, como no cambian la miseria, el hambre, la pobreza, las chozas y las ruinas. Sin embargo, por ahí pasa el futuro. Aquí está la opción por el Tercer Mundo: un futuro abierto o la miseria eterna. Necesariamente, instintivamente, ese futuro rechaza los productos ultramodernos en las áreas adelantadas de

11 Mario Pedrosa, “Vanguardas, partido e socialismo”, en **Vanguardia Socialista**, Río de Janeiro, 8/8/1946.

12 Urbiratan de Souza, “Orçamento participativo estadual”, en **Em Tempo**, São Paulo, junio 2000.

13 En: Otilia Arantes (org.), **Política das Artes**, São Paulo, Edusp, 1995, p. 335.

la civilización 'transnacional', que de futuro sólo representa la apariencia" (p. 336).

Y Mario remata con aquel gesto inspirado, un tanto profético y visionario, como hablando a la posteridad:

existe "en marcha, un poco por todas partes, un proyecto a realizarse, condición *sine qua non* para concebir el futuro, o sea, mantener abierta para todos una perspectiva libre de desarrollo histórico. ¿Es esto señal de una revolución? Si, una revolución. La única realmente concebible como la tarea histórica del siglo XXI" (p. 336-38).

De hecho, "la cara nunca cambió". Precisamente por eso, si estuviera vivo, estaría hoy apoyando un proyecto para el Brasil de cuño nacional-popular, como el del MST (Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra), al mismo tiempo que no perdería de vista la perspectiva socialista. Pero ese es tema de otra conversación.

[“Mario Pedrosa e o socialismo democrático”, en: José Castillo Marques Neto (org.), **Mario Pedrosa e o Brasil**, São Paulo, Editora Fundação Perseu Abramo, 2001, pp. 131-141. Traducción del portugués de Horacio Tarcus, revisión de Claudia Bacci]

Resumen

El presente trabajo presenta las ideas teóricas del militante político, ensayista y crítico de arte brasileño Mario Pedrosa, centrándose sobre todo en su libro **A opção imperialista** de 1966, donde este autor retomaba y profundizaba ideas avanzadas en el periódico **Vanguarda socialista**, que había editado en Río de Janeiro en la posguerra. Para la autora, Pedrosa divulgaba un marxismo aireado, sin parangón en Brasil, donde la gran mayoría de la izquierda asumía acriticamente el dogmatismo del Partido Comunista. Las estancias en Europa, los cursos en la Universidad de Berlín, el contacto con los surrealistas, la militancia en la Oposición de Izquierda, los ocho años de exilio en los Estados Unidos, la ruptura con los trotskistas y la ligazón con las ideas de Rosa Luxemburgo, la crítica literaria primero, la crítica de las artes plásticas enseguida, todo eso hizo de Pedrosa un marxista no dogmático, abierto a las necesarias relecturas que los tiempos exigían del materialismo histórico.

Palabras clave

Intelectuales, Marxismo, Trotskismo, Brasil.

Abstract

This paper presents the theoretical ideas of Mario Pedrosa, a Brazilian political militant, essayist and critic of arts, focusing specially on his book *A opção imperialista* (1966). In this text, Pedrosa went deeply into the ideas advanced in the newspaper *Vanguarda Socialista*, which he had published in Rio de Janeiro in the postwar period. According to the author, Pedrosa spread an open Marxism, matchless in Brazil, where the greater part of the left adopted uncritically the dogmatism of the Communist Party. The stays in Europe, the courses in Berlin's university, the contact with the surrealists, his militance in the Left Opposition, the eight years exiled in the USA, the breaking-off with trotskysts and the bond with Rosa Luxemburg's ideas, literary criticism first and plastic arts afterwards, everything made Pedrosa a non-dogmatic Marxist, open to the necessary re-readings the times required from historical materialism.

Keywords

Intellectuals, Marxism, trotskysm, Brazil.